

Textos del arabismo español: El Ministro de Instrucción Pública en la cuestión de Marruecos.

JULIAN RIBERA.

Revista de Aragón, Año III (abril 1902), pp. 265-280

Con este texto de Julián Ribera publicado en la *Revista de Aragón*, fundada por él en 1900 junto con el catedrático de Historia de la Universidad de Zaragoza, Eduardo Ibarra, queremos inaugurar una sección de textos del arabismo español que merezcan ser rescatados del olvido. El texto, como la revista en que aparece, ha de entenderse dentro de las coordenadas regeneracionistas inspiradas por los también aragoneses Joaquín Costa y Basilio Paraíso.

«El Ministro de Instrucción Pública en la cuestión de Marruecos» es un texto programático, en el que el catedrático de árabe de la Universidad de Zaragoza interpela al responsable de la educación en España a propósito de la necesidad de un centro especializado en la enseñanza del árabe para el personal del Estado ligado a los asuntos de Marruecos. La propuesta que lanza es la de creación de ese centro donde instruir al personal adecuado (arabistas, diplomáticos, militares, comerciantes) en el conocimiento de la lengua árabe y de la civilización musulmana.

Dos años más tarde lograría Ribera que el Centro fuera realidad en *La Gaceta de Madrid*, donde el gobierno conservador de Maura publicó el decreto de creación el 8 de septiembre de 1904: "El Centro de Arabistas será eminentemente práctico — según decía el texto del decreto—, como un taller, pero taller abierto donde la juventud española que desee iniciarse en conocimientos árabes, vea directamente trabajar a los Maestros, y donde unos y otros se asocien y ayuden mutuamente unidos por las mismas labores". Pero un cambio de gobierno impediría que se concretara. Hubo que esperar treinta años para que la Segunda República creara las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada inspiradas en el viejo proyecto de Ribera.

El texto mantiene un gran interés, pues va mucho más allá de la definición de ese centro, resultando una reflexión de fondo sobre la política exterior, particularmente marroquí, de España y sobre los estudios universitarios y la Universidad en la sociedad de su tiempo, situando en este marco el papel que podían desempeñar los estudios árabes*. *Bernabé López García*.

* Sobre este tema véase B. López García, "Julián Ribera y su «Taller» de arabistas: una propuesta renovación", de *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, XXXIII, 1 (1984-85), pp. 111-128.

Uno de los fenómenos que desalientan más á los políticos de altura es la falta de opinión que dé fuerza á sus proyectos patrióticos, cuando la sazón reclama el que les secunde el voto popular, sin el cual son impotentes los gobiernos.

La masa del pueblo español, alejada de toda intervención en los asuntos públicos durante varios siglos de cerrazón política, vino á despertar sobresaltada á principios del siglo XIX al sentir que se le echaba encima una invasión extranjera; al abrir los ojos y tratar de remover los obstáculos que impedían el libre ejercicio de sus facultades, contra reyes impotentes que la habían arrastrado á tal abismo, comenzaron luchas políticas interiores, asonadas, motines y hasta guerra civil, á tiempo en que por fruto de prolongada decadencia se iba ya desquiciando su poderío en el mundo. Sus primeros ensayos de disciplina política han sido de tan tristes experiencias que le han puesto fuera de sí: como histérico, á ratos se enardece y exalta con locura, otros se amilana y desfallece, por temores de fracaso.

Pues bien, si de arriba le quitaron en otro tiempo los estímulos, de arriba le han de venir ahora; las clases elevadas que por ocupar sitio eminente pueden divisar más amplios horizontes, obligados están á orientar y dirigir á las masas. El pueblo es disculpable, si no secunda la acción de políticos que debieran merecerle confianza por su valer, al menos aguanta los tributos y paga lo necesario para que se le sirva.

¿Y le sirven en verdad aquellos que cobran del tesoro público?

No preguntéis á ningún empleado: todos os dirán que cumplen con exceso. El catedrático de lengua árabe dirá: «yo me paso cincuenta ó sesenta minutos diarios (los 180 días del curso) en la dura labor de enseñar á seis ó siete chicos que acuden á mi escuela; allí aprenden el alfabeto, la gramática y análisis y traducción de algunos trocitos de crestomatía: ése es mi oficio, y por eso me pagan; ¿qué tengo yo que ver con Marruecos?» El militar que cobra la nómina por servir en Melilla y Ceuta dirá; «cumpro con mi deber celando á los criminales del presidio, y por mi aspecto marcial tengo á raya á los vecinos moros; lo demás ¿qué me importa?» El cónsul dirá: «bastante hago con sufrir este destierro en países musulmanes, aguantando á esos brutos, sin medios para educar é instruir á mi familia; mi deseo es que me saquen cuanto antes de aquí; no me exigieron saber lenguas morunas, ni negocios de estos pueblos; si no valgo, que me lleven á otra parte; nada perderé.» Y el diplomático añade: «yo sé un poco de francés ó inglés, lenguas que me sirven para todo el universo; con saber marroquí ¿qué ventaja alcanzaría en mi carrera? Por uno ó dos que de tarde en tarde vamos por Marruecos, hemos de perder el tiempo aprendiendo todas esas cosas?; basta con que haya un intérprete, ó cualquier aljamiado, judío ó moro.»

Esto ó cosa por el estilo contestarían los criados que sirven al pueblo español, el cual acepta las excusas por razones y aun le parecen de perlas los discursos. Ocurre en algunos ramos de la administración española, lo que ocurre en casa de muchos sirvientes dirigida por amo torpe: un barullo. Mientras corren tiempos normales y bonancibles, adelante va la

danza; pero cuando el temporal arrecia, todo el mundo sacude las responsabilidades, nadie tiene la culpa; el dueño se incomoda, vocifera y pateá; y los criados soportan el aguacero encogiéndose de hombros: ¡corra la bola!

Si los gobiernos se considerasen administradores celosos de ese pueblo (el cual será lo tonto y apático que se quiera, pero trabaja y tiene la virtud por lo menos de pagar á sus sirvientes) debe hacer algo más que levantar los hombros.

El Ministro de Instrucción Pública es el primer obligado. De la cuestión africana, como de todas las cuestiones del mundo, si no hay visión directa y personal, nadie se puede enterar debidamente; el fiarse de modo exclusivo de intermediarios, sean franceses ó ingleses, trae el saber reflejo ó de segunda mano, la cual se reserva lo que le conviene. Para tratar con pueblos extraños é investigar en su país lo que nos importa, es preciso poseer el idioma de sus habitantes. La lengua árabe como medio de conocimiento del norte de África, es cual el telescopio para los astros y el microscopio para los organismos pequeños. Sin ella sabremos lo que otros nos quieran contar; y de ordinario á los necios los embaucan con mentiras.

Señor Ministro de Instrucción Pública, las personas que en España debían por su oficio saber la lengua árabe son:

1º Los maestros oficiales que cobran por enseñarla. (He de decir al Sr. Ministro que, por virtud de organizaciones dependientes de su ministerio, ha ocurrido con frecuencia el que existan maestros que no saben una palabra y cobran por enseñar; y á otros, que han dado muestras patentes de la eficacia de su magisterio, les pagan para que no enseñen.)

2º Los personajes que en el Ministerio de Estado tengan por oficio dirigir nuestras relaciones con el imperio de Marruecos. El sueldo que cobran vale la pena de exigirles que sean capaces de distinguir las faltas ó aciertos de sus inferiores, y no se reserven el desairado papel de encargar á otros que descifren despachos en los que se firma como en barbecho. En realidad no sólo ellos, sino todos los dependientes de sus oficinas debían saber la lengua; es ridículo que en un ministerio de Estado se miren los originales de la diplomacia marroquí y las cartas del Sultán como jeroglífico indescifrable.

3º Nuestros ministros plenipotenciarios en Tánger, para que en los asuntos de mayor trascendencia no sean como buzón de correo, por donde pasen las cartas sin que ellos se enteren; y en sus conversaciones con los visires marroquíes no hagan el papel de apuntador ó consueta. En justicia todos los secretarios y dependientes de la legación que cobran del Estado debían saber árabe. Si en tiempos en que éramos temibles podíamos dispensarnos de esas *pequeñeces*, obligando á todo bicho á que aprendiese el español, ahora somos débiles y pobres, y la habilidad y el saber son los únicos medios de prestigio que nos quedan.

4º Los cónsules que tenemos en las ciudades de la costa de Marruecos y aun las del litoral africano, los cuales servirían mejor á España si pudieran informarnos personalmente.

5º Los intérpretes de los consulados, que deben poseer el dialecto de la comarca donde prestan servicio. (No se diga que habiendo cónsules sabios, sobran los intérpretes; porque la oración se puede volver por pasiva: si hay intérpretes entendidos; ¿para qué cónsules? Sin embargo, si los documentos oficiales están escritos en lengua árabe, en la conversación ordinaria se emplea el dialecto local. Después de todo vale más que haya dos que sepan, que no dos ignorantes.

6º Los militares que se hallen al frente de las plazas de Melilla, Ceuta y presidios de África, y aun algunos oficiales de la guarnición. De ese modo en vez de aburrirse en el casino, podrían hacerse famosos y ser útiles á su patria; y no ocurriría que después de tres ó cuatro siglos de dominar en algunos puntos de la costa, no se haya dado avance en el conocimiento del Rif, del cual si algo sabemos, es por lo que nos cuentan ingleses, franceses ó alemanes que no tienen guarniciones por esos sitios. Esa ignorancia de los españoles es objeto de burlas no del todo injustificadas en Europa; bien que nosotros con cerrar los oídos y no enterarnos, vivimos tan campantes y tan felices.

7º Los de las comisiones militares en Marruecos. No basta para estudiar geografía marroquí, el saber dónde hay un monte, un valle, una senda y un barranco. La geografía es algo más que todo eso.

8º Los médicos del hospital de Tánger. Y, en una palabra, todos los del ramo de guerra que tengan algún oficio cuyo desempeño no pueda lograrse, á satisfacción completa, sin este requisito.

9º Algunos señores bibliotecarios y archiveros, v g., del Archivo histórico nacional de Madrid, de la Corona de Aragón etc., donde se guardan preciosidades históricas que ningún otro pueblo del mundo conserva; para no gastar los dineros en la guarda de tesoros que únicamente son útiles á los extraños. Además de tonto y ridículo es ruinoso.

10º Los archiveros de algunas Iglesias que están en el propio caso, y cobran para que continúe la ignorancia de estos asuntos entre el pueblo español.

Y no alargo más la lista, porque ahora sólo me he propuesto nombrar á los que cobran por servicios que demandan esos conocimientos. El gobierno, si es buen administrador, no debe aceptar como criados los que no reúnan condiciones. Y no diga que es imposible encontrarlos, porque si alguna vez se lo hubiera propuesto seriamente, los tendría. En esta tierra donde á una vacante de conserje del Ateneo de Madrid se presentan á docenas los doctores y licenciados, juventud famélica que bulle por colocarse y hace diabluras por obtener un empleo, ¿qué no se lograría si se la encauzara en buena dirección y se exigiesen condiciones?

No soy de los que gustan de renegar de los políticos (aun á trueque de malquerencia procuro defender á los que me parecen buenos, de cualquier partido que sean); pero hay cosas respecto á las cuales cabe exigirles responsabilidad estrecha: del mal empleo de cantidades que se

cobran por servicios de gente inepta, para cuyo nombramiento fueron ellos completamente libres.

Otras naciones en circunstancias parecidas han tenido la suerte de encontrar personas altamente colocadas que han sabido estimular á los de abajo. En Francia, á principios del siglo XIX, cuando la masa del pueblo apenas podía haber fijado sus ideales de modo bien concreto, tuvo hombres previsores, activos y perspicaces que implantaron instituciones que vinieron á remozar lo antiguo y á informar á la multitud. Esas instituciones de instrucción pública han excitado al pueblo, le han enseñado y dirigido, y hoy Francia debe su engrandecimiento colonial en Asia y África, aparte de otras muchas causas, á escuelas como la de Lenguas Orientales Vivas, que le han facilitado los medios de información en el camino de sus expansiones.

Cada pueblo tiene sus necesidades. No está España para emular á otras naciones que abrigan la presunción de vincular la humana ciencia y de llevar espíritu nuevo á todo el orbe terráqueo; pero ¿no es hora todavía de que atendamos discreta y modestamente á nuestros propios intereses? Parecería locura que propusiésemos fundar una escuela arqueológica en Roma ó en Atenas, donde nuestros escolares se aplicasen al estudio de las lenguas sabias, antigüedades é historia, reanimando la ciencia de nuestras universidades con la visión directa de las civilizaciones antiguas, allí donde quedan los más venerables restos, como los tiene Francia; sería empeño de iluso el pedir institución que hiciese la competencia á la escuela francesa del Cairo, donde los alumnos trabajan en el inventario de las antigüedades egipcias y orientales; ni siquiera el que aquí se formara una escuela de lenguas orientales vivas donde se enseñase chino, japonés, etc., esto parecería lujo innecesario; pero ¿sería cosa descabellada pedir al ministro de Instrucción pública que crease una escuela de estudios árabes?

No hay nación en Europa que no tenga instituciones, mucho mejor atendidas que España, para el estudio de esa civilización que tanto influyó en el mundo cristiano en la edad media; y de esa lengua que todavía hablan ochenta millones de individuos. Hasta Suecia y Noruega sostienen cátedras, bibliotecas y publicaciones; no se diga de Alemania, Francia, Inglaterra, Holanda, Italia, etc. Y España, nación en que ha influído la civilización árabe hasta el extremo de hallarse sujeta al poderío musulmán casi toda la península durante varias centurias; cuya lengua, filosofía, artes y literatura aun guardan huellas patentes de la servidumbre musulímica; vecina de los países musulmanes desde hace doce siglos, siempre en contacto, siempre con ilusiones en el espíritu, con posesiones actualmente enclavadas en países moros ¿es posible que desdeñe y abandone esos estudios?

El desprecio de éstos podría tomarse como signo evidente de nuestra incapacidad científica actual. Sin ellos se ignorará nuestro pasado, la época más interesante en que se formó nuestra nacionalidad; sin ellos nos esperan ridículas desgracias en lo porvenir.

Urge pues que el ministro de Instrucción pública atienda á esa necesidad, tanto más presto cuanto las instituciones de esa clase dan sus naturales frutos al cabo de mucho tiempo. En tales materias no cabe improvisación.

En los siglos medios apelaban nuestros reyes á los servicios de los vasallos judíos ó moros, á cualquier hora podían echar mano de gente instruída en tales asuntos, mas en tiempos posteriores perdióse la enseñanza de esta difícil disciplina. En el siglo XVIII, cuando los ministros de Carlos III comprendieron la necesidad de arabistas en España, hubo que traer, á costa de mucho dinero, monjes maronitas del Asia, de los que pudieran aprender los españoles: de entonces data la renovación de esos estudios; y fué transmitiéndose el saber con modesto brillo hasta que penetraron en la Universidad casi á mediados del siglo XIX. Es decir, que cuando ya en toda Europa había escuelas oficiales florecientes, en Francia, en Holanda, etc. etc., comenzóse á tentar aquí un miserable ensayo. Y digo miserable porque los estudios árabes se metieron en la facultad de letras en forma de asignaturilla, pegada ó sobrepuesta, sin casi reconocimiento oficial.

Siempre el mismo sistema español: nos figuramos que con poner una real orden estableciendo una cátedra en cualquier centro, ya está todo arreglado. La enseñanza de la lengua árabe como asignaturilla dentro de moldes universitarios, es muy dispuesta á producir pedantes. Los ministros de Instrucción pública tendrán buenísimos deseos, pero si no abandonan una rutina muy grave que suele presidir á toda reforma, España no tendrá nunca centros de enseñanza que sean dignos de ese nombre. En esta bendita tierra remedamos á ciertos albañiles de Marruecos, los cuales, en las obras nuevas, únicamente emplean los montones de barro que hallan en las derrumbadas: si quieren hacer una casa, por ejemplo, recogen la tierra de algunas ruinas, la mojan, la apiñan en unos cajones y construyen lindamente edificios de inconsistencia admirable; se mantienen hasta que cae un aguacero.

Al principio del siglo XIX las universidades españolas eran una vergüenza; quisieron remozarlas, y con el mismo personal que mantenía la decadencia de aquellas instituciones se forjaron otras nuevas. Aun se mantiene en centro donde yo estudié, colocado en los primeros lugares del escalafón actual, explicando materias jurídicas y cobrando nueve ó diez mil pesetas, un individuo que debe su carrera á la casualidad de explicar (siendo mozo) una asignatura de teología en un pueblo de la montaña: donde podía ahora, de no haber salido de allí, disfrutar de respetable vejez.

No hace mucho tiempo un ministro de buena voluntad y no mal orientado, quiso transformar la antigua y pobre facultad de letras en flamante escuela de altas investigaciones. El recurso empleado ya se sabe: llevar á la Gaceta un plan con muchas asignaturas que se suponen han de ser enseñadas. A mí me suprimió la cátedra donde bien ó mal podía servir para algo, y hube de cargar con una asignatura de la que apenas sé

una palabra; ¿qué altas investigaciones he de enseñar yo, si necesito ir á la escuela para enterarme de la materia de que se me ha encargado?

En otras naciones, por ejemplo Francia (y cito á ésta por ser la más próxima y todo el mundo conoce), cuando han querido renovar de veras los estudios, no han metido en inservibles odres viejos la nueva cosecha. Así han podido lograr institutos de primer orden, que no sólo han servido para acrecentar la fama de la nación, infundir espíritu nuevo que ha rejuvenecido la ciencia y los métodos (sobre todo los métodos), proporcionar guías experimentados en las investigaciones y talentos superiores que han soplado desde las alturas el aire fresco que ha conmovido la atmósfera hasta el fondo de los valles, sino para modelar y aun remozar las viejas instituciones introduciendo mejores prácticas académicas. Esas nuevas instituciones, además de haber sido instrumento para satisfacer necesidades nuevas, han levantado el nivel intelectual del país por su contacto con las masas; merced á ellas, las universidades, sitiadas por arriba y por abajo y estimuladas por todas partes, de cadáveres que eran han comenzado á moverse y vuelto á recobrar alguna vida.

Aquí sucede todo lo contrario: como si se propusieran únicamente hacer constar en la colección legislativa que hay ministros de buenos deseos, se imprime allí una orden mandando que una escuela profesional se convierta en laboratorio de altísima investigación; con eso ya es bastante. Hacen la parodia de la creación divina: dan un resoplido y.... ¡esperan que salga un mundo nuevo!

El estudio del árabe se metió en la Universidad; y de allí, en unos cuantos meses, salen flamantes arabistas: el profesor enseña el alfabeto; y se analizan y traducen á trompicones unos textitos; los mejores discípulos por el mes de Agosto ya no se acuerdan de nada. Y como á la facultad de letras durante algunos lustros no ha solido venir más que gente pobre y derrotada que venía en busca de un titulillo con que matar el hambre en un colegio, excuso decir que la mayoría de los alumnos resultan incapaces para investigar y más incapaces aún para misiones activas en África ni en ninguna parte. Con ese método de formar tradiciones científicas no se va más que al ridículo.

Pero se me dirá: el que luego quiera hacer oposiciones, que siga estudiando en su casa. Veamos lo que ocurre en la provisión de cátedras de lengua árabe.

No siempre se dan por oposición. Desde hace 17 años en que salió á oposición la cátedra que ahora desempeño, han vacado la mitad de las cátedras de árabe de España; y en virtud de las escrupulosas precauciones y turnos rigurosos que se han establecido por la ley, á fin de que se cumpla la justicia en España de un modo automático y mecánico, las dos tocaron á concurso. Una de las cátedras correspondió con casi perfecta legalidad á un individuo que había demostrado previamente su valer publicando unos cuadritos de la conjugación árabe. No sé si el consejo de Instrucción pública los habrá juzgado meritorios; lo que sí sé es que en una revista alemana profesional por todo juicio puso esta

palabra: ¡¡INDIGNOS!! Sin embargo, tan profesor de árabe ha sido como el que haya publicado una biblioteca. Y esto no lo digo para desdoro de nadie, no; es criterio corriente en España el que el profesor, desde el momento en que recibe diploma oficial, aunque sea de auxiliaría, sirve para enseñar toda materia, como el barro de Marruecos para toda construcción. Para mí este señor aun es respetable: por lo menos demostraba alguna aptitud, al publicar cuadritos por los que podía inferirse que sabía conjugar.

Supongamos que así como han pasado 17 años, pasan 25 y hasta 30 y cansados de esperar algunos incautos se van al otro mundo ó cambian de aficiones, ¿no puede ocurrir que al fin, como en otros siglos ha sucedido, no quede una rata que sepa árabe? La vida de los catedráticos actuales se acabará, de seguro; pero como la muerte no se anuncia para fecha fija, puede darse el caso (como el ocurrido hace unos 25 años con la cátedra de Sevilla) que de repente y cuando nadie pudiera esperarlo, haya una vacante y se dé á oposición: los alumnos que salen del aula entran en oposiciones y uno de ellos, sin vocación ninguna, se la lleva. Total: para ganarse en España un sueldo de 5.000 pesetas se necesita sólo saber declinar y conjugar, con tal que la suerte le ofrezca ocasión en que nadie esté prevenido para colarse en el profesorado.

Una vez dentro, todos somos sapientísimos señores, hasta la muerte; y con estela perdurable para ultratumba.

Al ministro no extrañará que ante esa perspectiva muchos desmayen, y no abunden los arabistas de vocación. En cambio España ofrece condiciones abocadas para que luzcamos los pedantes. Ya desde el siglo pasado registran las historias tipos como Faustino de Borbón, los cuales prevalidos del atraso general se daban aires de sabios; el expediente es fácil: sacarse especies de la cabeza que halaguen el gusto popular, seguro de que no le han de desmentir; ó traducir pedazos del Alcorán (del francés); ó adquirir erudición aljamiada. Así como en sociedades donde se encharcan y empantan en torpe quietud las creencias religiosas brotan los falsos misticismos y pululan embaucadores y espiritistas, del mismo modo cuando la ignorancia científica y literaria cunde, dominan y prevalecen los pedantes.

¿No cree el señor ministro de Instrucción pública que ya es hora de renovar y entonar esos estudios para que aumente el número de los que vean y juzguen, distinguiendo lo bueno de lo malo, lo falso de lo verdadero, con lo cual la nación no se exponga á que sus negocios sean tratados por pedantes eruditos ó africanistas de pega?

Para ello no es menester cambiar el método de provisión de cátedras de árabe en las universidades, estableciendo un privilegio especial; eso no es prudente. La Universidad que siga con sus venerables costumbres; si desea continuar declinando y conjugando, que decline y conjugue. Lo más juicioso sería instituir un centro donde pudieran sin escándalo abandonarse las antiguas costumbres académicas; nada de grandiosas edificaciones, con derroche de dinero en piedras y ladrillos, ante cuya

magnificencia se extasíen los paletos; pero sí con lo necesario para formar los hombres que el Estado necesita.

Atención preferente de todo gobierno es el proveerse de los elementos precisos para cumplir sus deberes de gobierno. El ministro de Instrucción pública, antes de zurrar á los padres españoles para obligarles á que instruyan á sus hijos ó de convertirse en celador de los ayuntamientos en cuestiones de enseñanza, debe cuidar de instruir á los que llenan los oficios del gobierno. Desdichadamente en nuestra patria los gobernantes buscan la popularidad y fuerza que les falta, dedicándose á lo supererogatorio, á matar langosta ó á cavar acequias, á todo menos lo que esencialmente les incumbe, dejando que la marina se arregle ella sola y las cuestiones internacionales se resuelvan por el andar de los tiempos.

El Estado necesita una institución donde se encadenen las buenas tradiciones científicas en la materia de que tratamos; donde investigadores verdaderos enseñen á investigar; donde la lengua árabe y los dialectos africanos puedan aprenderse durante todo el tiempo que la iniciación demande; y no sólo para fines eruditos, sino para práctica utilidad en las cuestiones presentes.

Para eso además de los maestros nacionales debería haber repetidores ó maestros indígenas: de Siria, de Egipto, de Marruecos; cristianos, moros ó judíos; sin ellos la iniciación ha de ser incompleta.

Además del personal adecuadamente instruído serían menester otros elementos, v. g. biblioteca bien provista, cosa de que no disfruta ninguna universidad de España. Y no porque no haya en este país materiales de trabajo, sino porque nos lo arreglamos de manera que resultan inútiles. Hace siglos, por virtud de apresamiento de un barco que llevaba la biblioteca del Sultán marroquí, vinieron á España multitud de códices árabes. Hubo dudas acerca de lo que debería hacerse con ellos. Los inquisidores querían quemarlos todos. Por fin se ordenó que se pusiesen en lugar donde nadie los leyerá; y juntamente con otros se guardaron en el Monasterio del Escorial.

Han pasado ya varias centurias; se han renovado los estudios; se ha mudado completamente el criterio político de los gobernantes y del pueblo; se ha sentido necesidad de que los españoles trabajen; sin embargo, aquellos libros aún se guardan en el sitio donde se pusieron para que nadie los viera. Con tal conducta se logra que vayan allá los extranjeros, á quienes sus naciones pagan espléndidamente misiones científicas, mientras algunos españoles, impotentes para procurarnos el dinero necesario para vivir, contemplamos con envidia cómo publican nuestros manuscritos en países extraños. ¡Y tan satisfechos por la fama de la biblioteca escurialense!

Señor ministro de Instrucción pública, ¿no podían arreglarse de tal manera las cosas que estos manuscritos estuviesen á disposición de aquellos españoles que hayan demostrado aptitud para utilizarlos?

Supongo que á esto se opondrá, de una parte, la rutina, y de otra nuestro carácter: nos gustan los extremos: ó somos humildes lacayos de la majestad, celebrando y aún reverenciando sus caprichitos, ó somos

ácratas que la espantamos de mala manera cuando nos incomoda cubriéndola de improperios. ¿Cree V. E. que á indicaciones suyas el patrimonio real, teniendo en cuenta que esa biblioteca se formó por apresamiento de un barco de la nación, no cedería códices que no le sirven para nada y en cambio pueden utilizarlos súbditos para aumentar la realeza de la majestad y el lustre de la nación cuyos destinos rige?

¿Continuaremos de este modo, sin aceptar las formas de aprovechamiento común admitidas hasta en los pueblos más atrasados?¹. La biblioteca árabe del Escorial estaría mejor empleada en la Escuela de Estudios Árabes, á la cual deberían acudir también todos aquellos libros desperdigados que ahora nadie utiliza, v. g., los libros árabes de la biblioteca de San Isidro de Madrid (adquiridos cuando estuvo al frente de ella el Sr. Lafuente y Alcántara).

Esa escuela veríase concurrida con población escolar, con sólo que el Estado exigiese condiciones de suficiencia á los servidores suyos que cobran por cumplir misiones que requieren esos estudios: á poco que se les estimulase con alguna ventaja en su carrera, irían los aspirantes del cuerpo consular, los diplomáticos, los intérpretes, los militares (algunos de los cuales con buen deseo, no pueden aprender ahora), los archiveros y los encargados de la sección de arte árabe en algunos museos, y todos los que se dedicaran á estudios de erudición, catedráticos de árabe (para los que son insuficientes los seis ó siete meses de curso); y aun podrían concurrir los hijos de las familias españolas que viven en Marruecos, para recibir instrucción, á poco que se les excitase.

De esa manera sería posible dar unidad, de criterio y de acción, á elementos que son inútiles por desperdigados y divergentes. Los diplomáticos, los militares y los científicos que ahora son extraños entre sí, por falta de compenetración de ningún género y falta de trato, llevarían en el alma el lazo común de la escuela en que se han desarrollado sus aficiones, donde hubiesen recibido noble emulación y ayuda. Esa escuela entonces vendría á ser el instrumento para concretar y definir las tendencias del ideal español en Marruecos, con la orientación ó rumbo que las circunstancias aconsejaran á los altos poderes del Estado.

Esto hay en otras naciones, donde quiera que las cosas son regidas por discretos.

Pero ¿habrá hombres capaces de organizar esa institución?

En España habrán faltado en el siglo XIX helenistas con preparación adecuada para seguir las nuevas corrientes del saber europeo, asiriólogos, egiptólogos, bizantinistas y aun hebraistas exégetas y targúmicos (no quiero hablar de la ridícula escuela de García Blanco); pero arabistas, aun en mejores condiciones que el medio ambiente ha podido consentir, no han faltado; no ha habido arabistas del calibre de Silvestre de Sacy, ni de Dozy; sin embargo, los estudios árabes han tenido cultivadores que han sabido librar de vergüenza á la ciencia española. Tipos como D. Pascual

¹ Véase el contraste. Nosotros pudimos publicar en Madrid un manuscrito perteneciente á la mezquita Azeitún de Túnez, sin necesidad de los expedientes que aquí se exigían. Hubo tiempos en que guardaba la biblioteca escorialense un cancerbero austriaco, inaguantable á los que íbamos á estudiar allí.

de Gayangos y D. Francisco Simonet no han sido vulgares en ningún pueblo: publicaron textos, traducciones y estudios originales superiores á los que en otros órdenes se han hecho en España.

En la época actual no van en decadencia estos estudios, se nota un mayor empuje que no han tenido en algunos siglos: en Madrid se hallan venerables patriarcas como Saavedra, Codera, etc., que han mantenido sus esplendores; hay algunos intérpretes en Marruecos bastante instruídos; algún cónsul de buena voluntad y talento podría aportar sus luces y experiencia; y hay sobre todo un elemento joven, trabajador, brioso y dispuesto á secundar con toda el alma cualquiera bien enca-minada tendencia á propagar estos estudios. Refiérome á la escuela de Codera, donde se hallan sin disputa los jóvenes de más vocación y de más frutos y esperanzas.

Hace 25 años, ese arabista aragonés, á quien nombraron para la cátedra de árabe de Madrid, comprendiendo la necesidad de estudios fuera de los moldes universitarios, emprendió la publicación de textos arábigos que sirviesen para nuestra historia. Al ver que en las imprentas de la Corte se imprimía muy caro y muy incorrecto, compró fundición y se hizo cajista. La Academia de la Historia secundó la empresa, consiguiendo del Gobierno una pequeña ayuda. Alrededor de aquellas cajas acudió un núcleo de jóvenes que, al ver eficacia en el trabajo y buena dirección, secundaron con entusiasmo. Allí se estudiaban manuscritos, se ordenaban trabajos por papeletas y se imprimían más textos árabes que en siglos antes se habían publicado.

La tradición reverdecía y se renovaba: toda la juventud que hoy siente deseos de distinguirse en estas materias son hijos de aquella escuela modestísima que fuera de la Universidad se creó. Una biblioteca de diez tomos de autores árabes fué la primera demostración de su vitalidad colectiva.

Retirada la escasa ayuda del ministerio de Fomento, que apenas cubría los gastos materiales, el movimiento emprendido no paró; las cajas de la imprenta trajéronse á Zaragoza, buscando más baratura, y continuamos publicando hasta el extremo de regalar al propio Estado lo que de nuestro bolsillo teníamos que pagar. Y como los textos árabes no tienen ningún mercado en España, hubo de suspenderse aquella publicación, para buscar en otra forma público que nos ayudase: no queríamos renunciar á la única esperanza de procurarnos medios de trabajo y de estudio: decidimos la publicación de obras en castellano: la *Colección de estudios árabes*, que ha pasado ya del VI tomo y continuará, Dios mediante, si las fuerzas y la vida no se acaban.

Esa escuela de árabe, privada y libre, tiene su organización interna, aunque no conste en los registros públicos. Un hombre que balbuce sin atildamientos las palabras, de genio corto y apocado para la comedia social, pero tenaz y de aguante para los trabajos rudos de la seria erudición, de lúcida y abierta inteligencia, de vastísimo saber y de temple moral extraordinario, es su jefe; ha formado una de las más ricas bibliotecas árabes de España, si no es la mejor; sus libros y sus notas y

papeletas, que se cuentan á millares, están á disposición de todos sus discípulos; el correo trae y lleva á los puntos más distantes los libros de su librería; su casa, como la mía, es un taller abierto para todo el que trabaja; los libros de los maestros serán heredados por los discípulos hasta que el Estado cree alguna institución donde puedan ser más útiles; entonces, ni mi maestro, ni yo tendremos inconveniente en regalar nuestros pertrechos, aunque valgan una porción de miles de duros. Entretanto continuaremos siendo almogávares de la ciencia, supliendo con pertinacia y valor la falta de elementos con que emular el trabajo de otras naciones.

Esta organización libre, fortificada con los más acendrados cariños mutuos y con el desinterés de su jefe, ha proporcionado medios para la educación científica de muchos, entre los cuales sobresale un joven numismata (al presente académico de la Historia) ilustre, no sólo por su talento y luces naturales, sino por su decidido corazón, pues supo gastarse muchos miles de duros, casi toda su hacienda, en proporcionarse primeras materias de estudio que le han valido uno de los primeros lugares en España; entre esos almogávares contábamos al malogrado traductor de Bentofail, explorador de las escrituras mozárabes de Toledo, escritor correcto y laborioso, laureado en certámenes de erudición de la biblioteca nacional; en esas filas milita el traductor de Abu Hamu, distinguido catedrático de una universidad del mediodía; pelea en sitio avanzado y peligroso un joven dedicado á la filosofía y teología musulmanas, materia delicadísima, difícil y oscura, el cual empieza por donde otros acaban, y si Dios quiere lo tendremos pronto á la altura de las mejores reputaciones de Europa; el más viejo é inútil de esa valiente almogavaría soy yo, y aun me siento con ánimos para hacer muchas campañas contra las prevenciones vulgares y majaderas que suscitan estos estudios en altas, medianas y bajas regiones. Esos jóvenes ya se han enterado de que para continuar las tareas es preciso no sólo el valor intelectual, necesario para acometer los estudios, sino el valor moral de afrontar el desprecio ó la desconsideración social de aquellos por cuya honra y buen nombre se trabaja.

En cualquier nación de ínfimo orden esta especialidad sería atendida y considerada, y á la mera presentación en el mundo científico de un joven almogávar, hecha en la forma en que la ha hecho el maestro eminentísimo Sr. Menéndez y Pelayo, se le hubieran abierto los caminos. En esta bendita tierra, al revés, parece que se trata de formar el vacío alrededor, en lucha sorda y cobarde.

Sr. Ministro, para ser arabista verdaderamente científico en España se necesita el valor de Guzmán el Bueno ó aun más: ése tuvo un arranque momentáneo, hermoso por lo teatral, que impresiona á la gente; en cambio no se aprecia el valor de un hombre que, mereciendo por su actividad, discreción y talento lo necesario al menos para proporcionarse medios de ejecutar oscuramente una tarea ingrata y ruda, útil sólo á los demás, obtiene por toda recompensa un jornal inferior al del cajista que

le compone esas obras que asombran á Menéndez y Pelayo y admiran los entendidos.

Pues bien, ya que no se les abren los caminos, ni la Universidad sus puertas, esa escuela, no oficial, paga con el dinero de sus individuos lo preciso para que los alumnos jóvenes publiquen sus obras: después de todo, las publicaciones son la muestra de su vitalidad y de la importancia del movimiento científico y el rumbo que toma: es el certificado de sus labores.

Toda Universidad ó centro científico donde se trabaje, debe tener su órgano especial. Sólo las Universidades españolas son las que viven en el siglo XIII, dando en apuntes sus enseñanzas; ninguna posee, que yo sepa, órgano, ni anales, ni boletín, ni nada parecido: ni la de Madrid, por ser Madrid, ni la de Barcelona que está enclavada en ciudad cuyos impresores inundan la península con las obras de sus prensas.

Nuestra escuela de estudios árabes, que no es Universidad ni cosa parecida, además de publicar sus colecciones, ha sabido coadyuvar á la aparición y sostenimiento de esta REVISTA, donde en varias secciones se publican sus trabajos. De esa manera, sin protecciones oficiales, se mantiene la almogavaría científica de sus miembros, luchando bravamente por insinuarse en el ánimo del público, que responde con simpatía á sus esfuerzos, aunque el gobierno, olvidado de sus propios intereses, no la atiende.

Sr. Ministro de Instrucción pública, cualquier gobierno que se preciara de discreto en materia de instrucción, trataría de secundar ó animar á esa escuela, que sin sacrificios del Estado puede prestarle servicios. Eso sería lo natural, antes de emplear medios artificiosos y forzados para procurarse lo que espontáneamente se produce. En España, sin embargo, estamos abocados á que se descoyunte nuestra escuela por disposiciones que pretenden fomentar los estudios.

No niego que haya intenciones buenísimas en el Ministerio de Instrucción pública; tengo motivo para certificarme de que se nos ve con simpatía; y agradecemos todas las formas con que se ha expresado el cariño; pero Sr. Ministro de Instrucción Pública, para la eficacia de una obra, es preciso algo más que buenas intenciones. Si el Ministro resuelve el asunto dando forma universitaria á estos estudios, aparecerán en Madrid escuelas superiores, cuyo solo título llenará algunas líneas de la Gaceta, pero descoyuntarán la escuela. Véase como.

Supongamos que un Ministro de Instrucción pública hiciese consistir el *quid* del fomento de estas aficiones, en llevar á la Universidad Central á uno de nosotros, v. g., á mí (lo digo porque el primer Ministro de Instrucción pública lo propuso), por ser el más antiguo de la escuela (una vez abandonada la enseñanza por el actual catedrático de Madrid, mi maestro). Con tal medida podrán quedar satisfechas mis ambiciones personales, pero resultaría descoyuntada la escuela. Mis discípulos de acá comenzarían á sentir indecisiones en su vocación, se encontrarían sin libros, etc. Tengo experiencia larga, repetida y descorazonadora: discípulo que á los pocos años de iniciación se separa del maestro, en

ambiente tan poco científico como el actual, tiene la vocación perdida. Solitarios, sin medios de comunicación constante, sin emulación, sin nadie con quien hablar de tales materias; discípulo aislado, puede contarse muerto para la ciencia. Ir yo á Madrid en esa forma sería vender la primogenitura por un plato de lentejas.

Supongamos que llegasen los ministros al extremo del buen deseo de dar á todo arabista que ahora sobresaliese alguna cátedra. Con esta conducta ganaría eficacia el trabajo personal de uno ó dos arabistas, pero el resultado que se busca no se lograría. No basta colocar á los que viven; es preciso que las tradiciones permanezcan y el buen servicio en toda contingencia se llene. Ocupadas esas vacantes, la juventud se retiraría de esos estudios, y al cabo de algún tiempo, envueltos en la organización universitaria, vendrán los concursos y oposiciones y otros métodos universitarios de eficacia dudosa para resultados verdaderamente útiles, y á morir. No se trata de repartir algunos sueldos (somos almogávares que con un pan en el zurrón acudimos donde se trabe la batalla); pedimos que se organice el trabajo en forma á propósito para conseguir el ideal de lo que España necesita.

Esto podría lograrse con la institución de Escuela de Estudios Árabes, donde haya solidaridad moral entre los individuos que la dirijan, responsabilidad personal, emulación entre todos los que profesen esas aficiones y comunicación entre los varios elementos; donde los sabios en vez de serios, retirados y ceñudos, abstraídos detrás de las antiparras, comuniquen con los viajeros que recorran los países musulmanes; ó sean ellos de vez en cuando los que viajen; donde el que sienta bullir en su alma el deseo de aventuras, se inicie y no sea un mentecato inhábil para observar y dar forma científica á sus observaciones; donde los cristianos de acá se habitúen al trato y sociedad con los musulmanes; donde los intérpretes reciban la instrucción científica y literaria que no les sobra; donde el diplomático aplique sus talentos al estudio de especiales y concretos problemas; en una palabra, donde la realidad vivifique á la ciencia, y la ciencia dirija según la norma de lo real.

La escuela libre de Estudios árabes, que ahora sin ningún apoyo ha sabido mantener las aficiones, responde por su conducta pasada de los oficios que se le puedan encomendar en lo futuro.

Tómense todas las precauciones que se quieran (con tal de que no embaracen la marcha); oblíguenla á dar fe á cada momento y en público de la utilidad de sus trabajos; vayan inspecciones, justificaciones, etcétera; aunque pueden estar seguros que si sus faltas no las denuncian los españoles, vendrán del extranjero, de las escuelas similares. Si no cumple, que se hunda; no se inviertan capitales sin ver resultado efectivo: nada de esperanzas y promesas.

En Madrid fórmese una sociedad especial para asuntos africanos, entre los políticos de altura y hombres de valer y buena voluntad (que no faltan, v. g., en la sociedad geográfica), como las asiáticas que hay en casi todas las naciones de Europa: Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, etc.; y

hasta una junta superior que oiga y decida para indicar el rumbo de la marcha que se haya de seguir.

Pero la Escuela de Estudios Árabes, si mi consejo ha de ser oído, no debe instituirse en la capital de la monarquía: las instituciones, como los árboles, débense plantar en el terreno que mejor las produzca. Si se ha observado que los de una región dada muestran aptitudes especiales, y que en una ciudad, de modo natural y casi espontáneo, se forman tradiciones de estudio, allí debe instituirse. Leyden no es capital de Holanda y sin embargo durante dos siglos ha sido la ciudad de los estudios árabes, y allí está el foco, que aun perdura con honor, de la escuela holandesa.

¿Qué inconveniente hay para que entre todas sea elegida Zaragoza, si de aquí son la mayoría de los de la escuela libre actual? Aquí no son de temer regionalismos insanos: al revés, quizá se sienta más vivo que en ninguna parte el amor á España una; tierra de caracteres independientes que aseguran la libertad de la Escuela respecto á influencias políticas bastardas; si los individuos de algunas carreras pertenecen á cierta clase social cuyas influencias son poderosas en Madrid, que no tengan cuidado, aquí responderemos de no dar patentes sino á los que la merezcan, lo cual hará que solo acudan los hombres que fíen en sus aptitudes personales y nada más. Esos queremos y de esos necesitamos.

Por otra parte los aragoneses son ciudadanos de más tolerancia que los de ninguna región española: tengo la seguridad que aunque viniesen por aquí moros ni judíos, no habían por ello de espantarse. La expulsión de los moriscos, popular en toda la península, fué llevada á efecto en Aragón con mala voluntad y menos eficacia que en otras regiones; la tenacidad en las convicciones religiosas y el valor para mantenerlas no han reñido aquí con la tolerancia y respeto á las ajenas, como se quiere que respeten las suyas.

Si, pues, de aquí los individuos de la Escuela; si aquí libros é imprenta; si aquí REVISTA; si aquí la masa dispuesta ¿qué inconveniente habrá en que aquí se cree?

Supongo que no se opondrán, sino por prevenciones que suscita toda obra nueva; pero á la rutina se la avienta con un rasgo del poder.

¿Está dispuesto el Ministro?

Pues entonces esperemos que haya un nuevo instituto de educación científica, donde se fomente el genio aventurero, necesario para lanzarse al estudio de las tierras y los hombres marroquíes; un centro donde se inicien y comuniquen cónsules, diplomáticos, militares y científicos, todos con el fin de servir á su patria. ¿Cómo es posible que la opinión pública se adormeciera si se viese estimulada por diplomáticos entendidos que trabajan y escriben, por cónsules instruidos y laboriosos que informen, catedráticos entusiastas que enseñen, archiveros y bibliotecarios que investiguen, intérpretes serviciales que se muevan y militares emprendedores que se lancen por el imperio, le conozcan y nos den noticias? El pueblo español entonces, animado, arrimaría el hombro para ayudar á empresa que dirigen hombres prudentes, decididos y

patriotas; y el gobierno tendría un órgano de información desinteresado, é independiente de partidos políticos, un instrumento que formaría cuerpo cerrado donde se aunasen los impulsos de todas las fuerzas, del Ministerio de Estado, Guerra é Instrucción pública y utilizable según las circunstancias demandasen los servicios.

¿Que no está dispuesto?

Pues continúe España, aunque muden los reinados, sin preocuparse; los diplomáticos que se hagan los desdeñosos; los militares de centinela ante los presidiarios de los Peñones; los catedráticos conjugando y declinando ante una juventud á la que no comunican espíritu científico ni ansia de actividad y aventuras; y mientras chorreen del tesoro público los sueldos á todos los empleados, el país que ronque á pierna suelta, aunque en la política marroquí perdure la farsa. Pero sonará la hora del conflicto y, entonces, el pueblo ignorante, á quien no se le han enseñado cosas mejores, vociferará en las plazas contra ministros inútiles; y la turbamulta de políticos imprevisores, levantará los hombros diciendo: este pueblo es ingobernable. Y los pocos que se hallen dispuestos al trabajo, tirarán como un mulo de la noria, no para sacar el agua que fecundice los campos, sino piedra y grava que los vuelva cada día más estériles.